

## 1. El primer demonio

—¿Lo notas? Su alma todavía tiene que estar en la habitación.

Arturo pronunció esa frase consciente de que dos de sus tres acompañantes no se iban a enterar de la misa la media, y volvió a repetirla, esta vez en alemán. Los dos SS expresaron perplejidad en su idioma de rígidos acentos, y junto al camarada español que estaba a su lado, se emplearon en contemplar la muerte horrible, pálida y objetiva que se alzaba ante ellos. A vista de pájaro, la colosal y blanquísima maqueta de Germania, la metrópolis que Hitler proyectaba construir sobre Berlín para ser la capital del futuro Reich, se extendía sobre una plataforma que ocupaba toda la sala. Avenidas de siete kilómetros para desfiles, arcos de triunfo de más de cien metros de altura, estaciones de ferrocarril con fachadas de cuatrocientos metros de longitud..., ministerios, óperas, plazas, museos, prisiones..., todo diseñado a la medida de la gigantomanía del Führer, y, al fondo, la Volkshalle, la Sala del Pueblo, con una capacidad para ciento ochenta mil personas, con su cúpula dieciséis veces más grande que la de San Pedro coronada por una gran águila. Allí, frente a su entrada principal, ligeramente escorado a la derecha, como un macabro Gulliver, yacía el cadáver de un hombre. Estaba de espaldas, con su brazo izquierdo estirado y crispado sobre uno de los muebles de escayola, y su sangre salpicaba la blancura de los edificios circundantes en una composición abstracta. Antes de ver su rostro, Arturo sabía ya de quién se trataba: la persona que llevaban buscando desde hacía una hora por toda la Cancillería. Se miró la punta

de las botas, como si no hubiera nada mejor que ver, y volvió a contemplar durante unos segundos la maqueta iluminada por focos que, mediante un mecanismo automático, simulaban el sol en su arco diario. A continuación posó el fusil ametrallador, se quitó las botas y, ante la mirada atónita de sus acompañantes, se subió a la plataforma y entró en la maqueta. Unos raros escrúpulos le habían asaltado inmediatamente antes de subirse y le impidieron ensuciar la blancura de los edificios. Ni siquiera notaba ya el olor de unos calcetines que llevaba puestos desde hacía tres semanas, así que con cuidado de no aplastar nada, avanzó por el eje principal sorteando el arco de triunfo e incluso las pequeñas miniaturas de automóviles que circulaban quietos por la avenida, hasta llegar al cadáver. Se agachó a la altura de su pecho y le dio la vuelta. No hacía mucho que le habían liquidado, el olor a cobre de la sangre caliente era muy particular. Se fijó con atención; el hombre tenía uno de esos semblantes crispados que se veían en ciertos martirologios. La cuchillada limpia que le habían asestado en el corazón era suficiente motivo para tal aspecto. Arturo rebuscó entre sus ropas de civil la documentación o algo que acreditase su identidad. En el bolsillo del pantalón encontró una cartera, y en su interior su *Ausweis*; comparó el gesto desencajado con los rasgos finos y bien cincelados de la foto, y comprobó que el nombre era el mismo que les había proporcionado el oficial al mando: Ewald von Kleist, nacido en Múnich, 1897. Fallecido en Berlín, 1945, completó Arturo mentalmente. Corroborando su epitafio, en algún lugar sobre su cabeza los terremotos de baja intensidad provocados por los bombardeos afirmaban que, efectivamente, se hallaban en Berlín, un Berlín que estaba siendo tragado por una guerra atroz y borradora. Hacía además de seguir registrando el cuerpo, cuando a sus espaldas oyó un crujido que le hizo darse la vuelta. Descubrió a su paisano avanzando hacia él; ya se había llevado por delante una ópera, dos Volkswagen,

un Wanderer, e iba directo a por el arco de triunfo. Arturo le fulminó con una mirada que hizo que se le congelase el paso y se le descolgara la mandíbula.

—Coño, Manolete, ¿para qué me quito las botas? —gruñó Arturo al comprobar el rastro de huracán que había dejado.

—Lo siento, mi teniente, creí que me iba a necesitar...

—Sí —le cortó con rudeza—, te voy a necesitar para pelar guardias hasta que las ranas bailen...

Arturo contempló al soldado Francisco Ramírez, alias Manolete; daba un poco de pena ver sus brazos flotando en un uniforme demasiado ancho, y decir que era feo era hablar en su favor, pero, a juzgar por los meses escasos que llevaban juntos en aquel fregado, era innegable que el guripa Ramírez, al igual que el torero Manolete, se ponía donde había que ponerse. Meneó la cabeza resignado.

—Eres más burro que un arado. Venga, tira para acá, y ojito con pisar más uvas.

Manolete avanzó como si estuviese debajo del agua, se arrodilló junto a Arturo y echó un vistazo.

—A éste le han dado bien el pasaporte —comentó—. Le han metido el pincho por debajo de las costillas y hacia arriba.

—Por lo que parece.

—¿Y es el cacho carne que buscamos?

Arturo le miró con cansancio; era una definición cruda pero exacta. Le mostró la documentación. Manolete leyó con dificultad, silabeando las letras.

—Es el *doiche* —confirmó—. ¿Y quién puede haber hecho el estropicio?

—A saber, en esta ciudad cualquiera puede hacer cualquier cosa. Lo único seguro es que no se encuentra un muerto aquí por nada.

—Más razón que un santo, mi teniente. Y entonces, ¿qué hacemos?











